

SM
ca2
159.

AL PUBLICO.

POR casualidad y con notable atraso ha llegado á mis manos el número de «El Menorquin» correspondiente al 31 del próximo pasado Octubre en el que van insertas unas cuantas «mal trazadas líneas» suscritas con las iniciales V. Y. dirigidas desde aquí contra mi comunicado que vió la luz en «El Bien público» número 195 correspondiente al 23 del citado mes.

Aunque esas mal trazadas líneas publicadas en el Diario federal, no merezcan mas que el silencio del desprecio; que no sea prudente ni decoroso debatir con un prójimo tan valiente que trata de zaherir escudado con la máscara del anónimo; aunque esa elucubración á que nos referimos sea del género ridículo é hija del despecho, de esa pasion negra del alma como la llama «Bossuet;» aunque, en fin, la gente «sensata é ilustrada» le habrá dado el valor que merece «pues que todo su principal objeto es endilgar unos cuantos *piropos*» no menos á mi, que á nuestro honrado y dignísimo Pbro. D. Juan Pons, sin embargo para que el Sr. V. Y. y los de su pobre calaña no interpreten torcidamente mi silencio, como son capaces de hacerlo, voy á dispensarle el inmerecido honor de consagrarle unos cuantos cabos sueltos; como de pasada y por via de entretenimiento ó como vulgarmente se dice para matar el rato.

Ahi van esos cabos por atar, átelos quien pueda y quiera.

Conviene ante todo hacer constar que aunque el andantesco caballero V. Y. aparezca con la visera calada, le hemos visto la nariz (que nos ha parecido algo asquerosa) y por una rendija de su *usado* casco hemos visto despuntar tambien sus orejas que por cierto nos han parecido de colosal y enorme tamaño, tanto que hemos llegado á sospechar si podian ser ó no de criatura humana ó de... *Intelligenti pauca*. Por lo tanto, si hubiese de dar el pase á todas las ideas que me ocurren, buen zarendeo se llevaba el Sr. V. Y. ¡Lástima en ocasiones como estas no tener nada de litógrafo! de seguro que me seria tarea muy facil dar á conocer á mis lectores la fisonomía y alrededores del Sr. V. Y. aunque bastante conocido es de todos, al menos en Alayor.

El que suscribe no ignoraba que el susodicho comunicado dirigido principalmente, no á encomiar á D. Juan Pons, como falsamente afirma el Sr. V. Y., sino á ensalzar la noble conducta de nuestra Corporacion municipal por la atencion que habia tenido con el primero, no dudaba repito, que el tal escrito causaria al Sr. V. Y. y á su reducida camarilla, una terrible indigestion, pero nunca sospeché siquiera que tuvieran la debilidad de manifestarlo en público, nunca soñé que no supieran contenerse, que no tuvieran bastante paciencia para resignarse y devorar en secreto los dolores y amarguras de su aflijida alma. Mas, me he llevado un solemne desengaño, lo confieso ingenuamente, los densos vapores del estómago del Sr. V. Y. y comparsilia, han turbado y trastornado su mente hasta el punto de caer en una especie de paroxismo perdiendo la chaveta y mostrando la hilaza como diria el autor del Quijote. Al menos ya que el apócrifo V. Y. ha tenido la audacia de cometer una indignidad de tal naturaleza, hubiese hecho una cosa que valiera la pena, aun asi se le hubiera podido escusar la falta, pero caer en la ridiculez de entretener al público y llenar las columnas de un periódico para hacer entender que el firmante de un comunicado no es su autor y no tener el valor de enseñar la cara, eso es lo mas insulso, lo mas pueril, lo mas ri-

diendo del mundo, es el colmo de la ridiculez. Y mas aun sube de punto lo ridiculo de la elucubración del Sr. V. Y., si se atiende á que el resultado de la discusion y deliberaciones de cierto club tenebroso, de ciertas eminencias y notabilidades *imaginarias* y muy conocidas en su casa. Ahora bien, despues de tantas alharacas, cabildeos y cabalazas que parecia habia de arder Troya ó *delenda Carthago*, salir con esa pata de gallo nos ha arrancado una solemne carcajada, haciendonos recordar la fábula del *mons parturiens* cuya «lectura» tambien me atrevo á recomendar al Sr. V. Y. para que no caiga en el ridiculo del *parturiunt montes et nascetur ridiculus mus*: Alumbraren los montes y nació un ridiculo raton: lo que en buen romance equivale á decir: «mucho ruido y pocas nueces.»

Para que nuestros lectores puedan formar un juicio mas cabal de la produccion del Sr. V. Y. conviene apuntar tambien que cierto ente parásito que comia del turrón de cierto arancel, lleva un hipo terrible contra el Pbro. Pons ¿y quieren saber nuestros lectores porque? porque abriga la falsa conviccion de que el Pbro. Pons influyó para que se le quitara el turrón, llegando con esto á tal punto su obcecacion que á pesar de hacerse la ilusion de calzar muchos puntos en materia de código penal, alentaba la peregrina pretension de hacer pasar el estrecho de Gibraltar al citado Pbro. y encerrarlo en nuestros presidios de Africa por haberle tildado este de ignorante ó cosa parecida. *Risum teneatis!* En vista de esto, nadie extrañará que al Sr. V. Y. le indigestaran tanto las halagüeñas frases que en mi humilde escrito dirigiera al Sr. Pons y haya mostrado tanto empeño para entregarlas al ridiculo, llegando al punto de suponer con el mayor desenfado y sin el menor fundamento que el Sr. Pons es el autor del comunicado en que se le prodigaban merecidos elogios y que por lo tanto se alababa á sí mismo. El Sr. Pons, Sr. V. Y., no necesita caer en la debilidad de alabarse á sí mismo, esto es para aquellos que están condenados á un eterno olvido, no para el Sr. Pons, quien cuenta con los aplausos de todo este vecindario, salvo raras y deshonrosas escepciones, entre las cuales se contará el Sr. V. Y.; y sobre todo el Sr. Pons tiene hechos que son como los monumentos vivos de su mérito y de su gloria, hechos que hablan mucho mas alto en su favor que lo pudiera hacer la lengua mas elocuente del mundo. Para no ir mas lejos, que hable el novenario de almas que concluyó el dia tres del actual en la Iglesia de S. Diego durante el cual ocupó el púlpito el Sr. Pons; que hable la numerosísima concurrencia que acudió, de modo que no solo estaba el templo cuajado de gente, sino que materialmente rebotaba llegando el gentío que se apiñaba á las puertas, por no serle posible la entrada, hasta la pared de enfrente; que hable la commocion que reinaba en el auditorio, mientras hacia vibrar su palabra en el sagrado recinto, con la que sin ser un «Bossuet» ni un «Fenelon» produjo una verdadera explosion de ternura principalmente el último dia al despedirse de los que le habian favorecido con su atencion; que hable en fin, la extraordinaria comunión general verificada el dia dos del actual á la que invitara el orador, que nunca se habia visto tan numerosa desde tiempo inmemorial. Ante estos hechos y muchos otros que podriamos citar, bien claro se echa de ver, á no ser que se esté ciego por la pasion, que no necesita el Sr. Pons, como no ignora el Sr. V. Y. poner su alabanza en su propia boca; y por consiguiente suponer esto es lo sumo de la miseria y el último grado de indignidad.

Incline pues la cabeza el Sr. V. Y. y cubierto le rostro de rubor, enmudezca en su impotente despecho y ceje en su temerario empeño de dar al público gato por liebre. No basta no, el virus de su mal cortada pluma para acarrear el descredito sobre el Sr. Pons. Demasiado conocidos son de todos los inmensos servicios que ha prestado y está prestando á su patria. Demasiado conocidas son las prendas morales é intelectuales que le adornan, y demasiado lo son tambien las numerosas simpatias con que cuenta entre nosotros.

Además ¿porqué tiene el Sr. V. Y. la osadía de suponer que el autor del mentado escrito es el Sr. Pons? Una de dos, para aventurar semejante suposicion ó es necesario que suponga á la vez que no hay nadie que pudiera ser el autor del escrito en cuestion, ó sino la tal suposicion está destituida de todo fundamento, es de todo punto gratuita. Si el Sr. V. Y. supone lo primero, entonces el Sr. V. Y. con el mismo hecho con que intenta desacreditar al Sr. Pons, lo ensalza, le hace el *non plus ultra*, lo que seria mas ridiculo y mas digno de risa que el comparar su elocuencia á la de «Bossuet y Fenelon,» segun lo hizo la célebre produccion suscrita por un ciudadelano á la que, con tanto gracejo y donosura sin igual alude en su escrito el Sr. V. Y.; y en este caso podriamos decir que al Sr. V. Y. «el tiro le salió por la culata» ó que «anduvo por lana y salió trasquilado.» Pero si no supone esto el Sr. V. Y., es decir, si hay otros que puedan haber sido los autores de aquel remitido, ¿en virtud de qué principio de racionar, en virtud de qué regla de lógica, deduce la consecuencia de que el Sr. Pons es el autor? Si así discurre el Sr. V. Y., fuerza es concluir que ignora los rudimentos del discurso, que no sabe el A, B, C, de la ciencia que nos enseña á discurrir, y hasta está falto de sindéresis y privado de la luz natural, beneficio que la providencia no ha negado á nadie sino á los chochos, soñadores, dementes y mentecatos. Por esto, ante estas suposiciones tan gratuitas y tan absurdas, bien hizo el Sr. Pons cuandole leí la famosa produccion, «*el chef d'œuvre il capo di opera*» del Sr. V. Y., contestar con un desdeñoso sonris y con la mayor sangre fria, «por ahí me las den todas, se conoce que les ha puesto V. el dedo en la llaga, pero dejad que graznen los cuervos y que griten las ranas. Adelante y no desmayar.» Palabras que no solo revelan el poco caso, sino el desden con que el Sr. Pons escucha los silbidos del asqueroso réptil que se enrosca en torno del mérito y los ladridos de esos perros de faltriqueira que van ladrando á la luna. Si, Sr. V. Y. vuestros mezquinas exalaciones y vuestros pueriles desahogos son para el Sr. Pons los ladridos de los perros á la luna. Punto y aparte.

En cuanto á lo que dice el Sr. V. Y. que «la sensata é inmensa mayoría de esta villa no cree en brujerías aunque no falta algun aficionado á fomentar semejantes supersticiones,» son las dos únicas verdades consignadas en su escrito.

Efectivamente, la sensata é inmensa mayoría de esta villa no cree en brujerías; pero no faltan aficionados á ellas, como cierto médico «*malgré lui*» es decir cierto médico á palos que á pesar de buscar el corazon en la derecha del enfermo, y aunque despache á muchos para el otro mundo, sin embargo preciso es confesar que salva á otros, ya que no por los recursos del arte se ha de suponer que será por algun hechizo ó brujería. No faltan tampoco ciertos quijotescos caballeros que creen aún en castillos y palacios encantados como el hidalgo de la Mancha; y se figuran que su sangre, con un hechi-



R 80475
BIBLIOTECA PÚBLICA

zo, por supuesto, de *encarnada* se convirtió en *azul*; y se imaginan que no descienden del linage de Adán, sino de la ilustre alcurnia de los Dioses inmortales, habiéndose mudado su casta ó raza por una especie de transfiguración ó brujería. No falta, por fin, quien se convierte en brujo contra su mujer hasta dejarla moribunda y gracias al celo é inteligencia de un venerable sujeto, quizás pariente suyo, que tuvo que trasladarse aquí precipitadamente, pudo con sus Evangelios hacer desaparecer aunque no por completo las brujerías de aquel que de lo contrario tal vez la pobre mujer hubiera muerto dentro de poco tiempo y legado el caso en que se hubiera podido colocar sobre la losa de su tumba el siguiente epitafio:—

Duerme aquí D. Conrada,
Condenada á eterno olvido.

Murió al fin de una hechizada,
¿Quién la mató? Su marido.

El Sr. V. Y. supone y dice, y es mucho suponer y decir, solo porque así le place y le conviene, que el autor del remitido firmado con todas las letras de un nombre y apellido no soy yo; y se atreve á recomendarme la lectura de la fábula «El grajo soberbio y el pavo real» para que otra vez no caiga en el ridículo de engalanarme con plumas ajenas. Respecto á esto, cúmpleme manifestar al Sr. V. Y. que á pesar de ser yo un ignorante, (aunque no me lo han echado en cara como á alguien), no necesito ataviarme con plumas ajenas, no soy de aquellos que se valen de mano oculta para dar forma á sus

mezquinas ocurrencias, cayendo por consiguiente en el mismo ridículo que tratan de achacar á los otros. Al Sr. V. Y. pues le cuadraría mejor que á nadie la fábula «El grajo soberbio y el Pavo real» viniéndole como de molde también aquel célebre dicho del Evangelio: *Medice cura te ipsum*. En consecuencia de esto nos atrevemos á recomendar al Sr. V. Y. que antes de dar á luz sus pobres conceptos valiéndose de mano ajena, recuerde el antiguo y sabido adagio de nuestra lengua que dice: «quien tiene el tejado de vidrio no eche piedras al del vecino» porque á no hacerlo así, le podrá costar cara la función viéndose tal vez obligado á pagar el ciento por uno. Por lo tanto, le aconsejamos igualmente que antes de meterse á Catón ó Pedagogo dando consejos á los otros medite si le conviene más guardarlos para sí.

Item: le encargamos que no se atreva á hablar-nos más de «Bossuet y Fenelon,» á quienes ni siquiera habrá visto seguramente por las cubiertas, sino quiere hacer destornillar de risa á la gente sensata é ilustrada.

Mas aún, le advertimos que no invoque en sus escritos á la inmensa mayoría de los hombres sensatos é ilustrados de esta población, porque como el mismo sabe no tiene el apetecido honor de hallarse en la mayoría ni entre la gente sensata é ilustrada, sino entre una escasa y poco sensata minoría, en torno de la cual se ha hecho el vacío y en cuya frente se ve impreso con mayúsculos caracteres, el estigma de la proscripción pública, en justo castigo de sus ocurrencias.

tigo de sus indignidades y torpezas.

Por fin, le amonestamos que en adelante sea mas cauto y prudente, que no quiera servir de *maniquí* á ciertas individualidades mal intencionadas, ni de espantajo como «el Asno de la fábula,» á expensas de su propio interés, de su propia honra, de su propio decoro y dignidad.

Si acaso el señor V. Y. no quisiera atender á nuestros consejos y recomendaciones y fuese tan terco que quisiera volver á la carga, le pedimos en nombre de la ley, del honor y del decoro de la caballería andante, que al presentarse en el palenque, á fuer de buen caballero, lo haga con la visera alzada, pues por mas que en Aláyer le conozcamos, no queremos que los demás pueblós de la isla queden privados de admirar el bonito rostro del caballero de la «Triste Figura.»

Aláyer 8 Noviembre de 1873.
Cristóbal Melia.

Imp. de M. Párpala. Mahón.